

Una leyenda sobre la ansiedad del hombre en su juventud. Así reza el subtítulo de la novela de Thomas Wolfe, y a narrar esa leyenda hasta el último detalle se dedica el autor durante las casi setecientas páginas del libro. Cuando un autor pretende acercarnos las andanzas del hombre en el momento que se convierte en adulto es fácil que caiga en la tentación de contárnoslo todo, pensando que cada escena vivida dejará una huella indeleble en el futuro. En un momento en que la vida transcurre intensamente parece que todo ha de vivirse con la intensidad que se nos presenta, sin entender que en muchos momentos la vida transcurre sin pretensiones, sin otros sentimientos que los de ese instante. No es necesario contarlo todo para mostrar la vida intensa del joven Eugene y, sin embargo, Wolfe se entretiene en demasía en los pequeños detalles como para mostrarnos que contándolo todo lo vivimos todo. Tremendamente pausado, contagia al lector la sensación de hastío del protagonista, impidiéndole recrear, remitiéndolo a ser mero observador. Un desfile interminable de personajes, de paisajes, de escenas, como si fuera necesario agotarlo todo, agostarlo, abarcarlo, contarlo todo, absolutamente todo. Sin embargo, en ocasiones el detalle se hace imprescindible para reconocernos en medio del mundo. Así un concurrido mercado es metáfora del bullicio en el que vivimos:

“Lo asaltaban cientos de olores de la pródiga fecundidad de la tierra: el punzante, limpio y agudo olor de los cestos, la cítrica nostalgia de las naranjas, limones y toronjas, el hedor de un repollo viejo, la pulpa pisada de una naranja podrida... No faltaba tampoco el olor pegajoso y caliente de los pollos, el fuerte y aceitoso del pescado y de las ostras; y la limpieza húmeda y refrescante de los aromas de las huertas -el de las grandes lechugas, repollos, patatas nuevas con sus pieles delicadas cubiertas de la dulce tierra, la dulce y maravillosa frescura del apio; y luego, los melones, los melones maduros y dorados acomodados en fragante paja- y todas las cálidas mezclas de los trópicos: los plátanos, piñas y aguacates”.

Con todos nos vamos encontrando y en esa sociedad variopinta elegimos nuestro futuro y con los demás vamos creciendo. Aunque también cabe la posibilidad de

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

THOMAS WOLFE, *Del tiempo y el río*, traducción de Maruja Gómez Segalés, Piel de zapa, Barcelona, 2013, 690 pp. ISBN 978-84-15216-67-4. (*Of time and the river*, 1935).

Thomas Wolfe
Del tiempo y el río



 Piel de Zapa

Palabras clave:
literatura
novela



permanecer solo: a lo largo de todas las páginas Eugene se enfrenta solo al mundo y en esa lucha se va forjando un carácter solitario que no le abandona.

Como no podía ser de otra manera, una novela tan ambiciosa deja sitio a muchas otras novelas: el tránsito a la muerte, la historia (o la ausencia de historia: “carentes quizá de miles de años, pero con una gloria propia extendida a través de 5.000 kilómetros de tierra”) de los Estados Unidos de América, la tierra natal, la casa de nuestros padres, la fuerza de la juventud, la democracia, la pasión enamorada... En definitiva, el tiempo y la tierra que nos acoge y en la que concebimos al hombre a partir de su relación con otros hombres o contra el resto de los hombres.

No hay manera de escapar al paisaje, ni del que hemos dejado en el sur, ni del que encontraremos en el norte: de la misma forma que el río Mississippi perfila el sur, el Hudson acompaña el transcurso por Nueva York y Wolfe se sumerge en el primero para relatar el sur y nada en el segundo para dar cuenta de Nueva York. Autores coetáneos suyos, como el mismo Federico García Lorca, que entre 1929 y 1930 estuvo en Nueva York, también se ven abrumados por el paisaje, y ciertos pasajes de Wolfe al referirse a Nueva York parecen sacados de los versos de *Poeta en Nueva York*: “hay jirones de humo brillante sobre Manhattan”. El paisaje como cuna se hace patente en la partida y los sentimientos y emociones se nos transmiten también desde las máquinas, esa huella del hombre en el paisaje: “el tren hacía avanzar para siempre su tremenda monotonía, que no era otra cosa que el ritmo del tiempo suspendido, el sonido del silencio y de lo eterno”. La soledad se escribe también por la ausencia de vagones en el andén, por las vías desiertas y sobre todo por los pasos callados del que regresa después de ver cómo se aleja el tren.

*«Wolfe se entretiene en
demasiá en los pequeños
detalles como para mos-
trarnos que contándolo
todo lo vivimos todo»*

Y en medio de ese viaje a la libertad nos acecha de cerca la muerte, en este caso del padre que, agonizante y en arremolinada memoria, intenta seguir encontrando sentido a su existencia en un alegato vital donde el que lo ha vivi-

do todo le franquea el paso al que lo tiene todo por vivir: “Lo terrible no es la muerte del moribundo, es la muerte del que vive”. El hijo marcha hacia la vida y la libertad; el padre hacia la muerte. Los dos, lejos de su ciudad, son la contraposición del vigor y la agonía, de la inconformidad y del conformismo: “La juventud es algo que solamente los jóvenes poseen y que solamente los viejos saben usar”. La muerte del viejo frente a la pasión del joven, en una narración en continuo movimiento. Thomas Wolfe narra sin detenerse, los personajes se mueven de un lugar a otro, el paisaje varía sin cesar... nada permanece y toda la novela se mueve porque “el único elemento permanente es el cambio”. Pero tanto movimiento no conduce a nada porque la ansiedad por conocerlo todo, por no privarse de nada, por alcanzar lo sublime le impide apreciar la tierra que le acoge. Él mismo reconoce que al “al tratar de serlo todo, sólo habían conseguido no ser nada”. La pasión es humo. Se muestra ahíto de vivencias y su vida se convierte en un deambular hastiado que tiene su colofón en los paseos diletantes por las calles de París: “la falta de un propósito definido en su vida actual, el indolente sopor de una existencia en la cual nadie trabajaba, en la cual se sentaban sin interrupción frente a mesas de café... todo esto empezó a pesar inexplicablemente en su espíritu, reviviendo los viejos sentimientos de desamparo”. Y de nuevo la mirada atrás, la necesidad del regreso, esta vez a su tierra, América, donde ser joven en un país joven, donde cree Eugene (en un alarde de patriotismo racial) que podrá deshacerse de la “sensación de vergüenza y culpabilidad que siente el norteamericano ante la indolencia y el placer; sensación que forma parte de la misma composición química de su sangre y que jamás consigue desarraigar totalmente”.

Finalmente el lector, como el autor, se agota del mismo modo que el protagonista, que a lo largo de la novela va vaciándose en la búsqueda de lo desconocido, en el ansia por leerlo y saberlo todo, intentando abarcar todo lo que

«una novela tan ambiciosa deja sitio a muchas otras novelas: el tránsito a la muerte, la historia de los Estados Unidos de América, la tierra natal, la casa de nuestros padres, la fuerza de la juventud, la democracia, la pasión enamorada...»

«Thomas Wolfe narra sin detenerse, los personajes se mueven de un lugar a otro, el paisaje varía sin cesar... nada permanece y toda la novela se mueve porque “el único elemento permanente es el cambio”»

está a su alcance y más allá, agotándose poco a poco en esa búsqueda interminable. No hay más remedio, no queda otro recurso que no sea el regreso y Eugene regresa de vacío, con las manos en los bolsillos y el espíritu lleno de esperanza. Ha vivido plenamente, apasionadamente, su juventud y ella se ha quedado en un breve discurso: “la primavera no tiene lenguaje. Sólo un grito”.

José V. Garibo